

Subir a Fuji San



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2017

Hubo que llegar temprano, tan temprano que la noche recién cubría el paisaje y todo el entorno permanecía allí como dormido, en una quietud y un silencio casi mortal.

Hubo que caminar con diligencia, deteniéndose las pausas justas, conteniendo la mirada, el sobrecogimiento, sin dejar de avanzar.

Hubo que acometer los elementos; cruzar la oscuridad; enfrentar el frío intenso; mojarse en los aguaceros; encarar el viento cortante; combatir el calor sofocante.

Hubo que hablar lo preciso, pensar lo imprescindible, preguntar lo necesario, atender a lo importante; escuchar a lo esencial.

Hubo que ser humilde, no adelantarse a lo inmediato, dejar a las emociones su momento, a las sensaciones, su lugar.

Hubo que ser fuerte en las pendientes, encajar las botas en el barrizal, sortear los imprevistos, no cejar en la debilidad.

Hubo que ser cauto, no dejarse impresionar, no escuchar la algarabía, desoír las voces de victoria, superar la vanidad.

Hubo que ser paciente, abandonarse al paso libre de las horas, saber esperar, olvidarse del tiempo perfecto, dejar de programar.

Hubo que ser receptivo, estrechar manos y pisadas, confiar en los demás, estar dispuesto a la ayuda, dejarse ayudar.

Hubo que saber llegar, detener el impulso del cuerpo, apaciguar el corazón vehemente, volver a respirar paciente.

Y, ante aquella luz infinita, hubo que saber abrir los ojos grandes para ver, toda la llanura de Kantô, desde la cima de Fuji San.